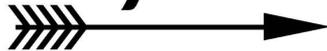


## “Los veteranos opinan”

# ¿Desaparecerán las bibliotecas?

Por Luis Ángel García Melero /  
Exbibliotecario de la BNE

## Mi opinión



Estos días estoy leyendo el libro *La cuarta revolución industrial* de Klaus Schwab, publicado por la editorial Debate. En él se exponen algunos de los hechos que está viviendo nuestra sociedad producidos por los últimos avances tecnológicos y se atreve a predecir las consecuencias sociales, laborales y económicas de las tecnologías en desarrollo. Me llama la atención la certeza con la que afirma que la profesión de bibliotecario está destinada a desaparecer, entre otros motivos, por la naturaleza repetitiva, precisa y fácilmente automatizable de las funciones que realizamos. No somos los únicos: también anticipa el fin, total o parcial, de ocupaciones tales como las de abogados, analistas financieros, médicos, periodistas, contables y aseguradores.

Me deprimí al leer este pronóstico y las dificultades laborales que

van a traer, entre otras tecnologías, la inteligencia artificial, el blockchain, los bigdata y la convergencia de la informática con las ciencias físicas y biomédicas. Luego pensé que no era nada nuevo: Alvin Toffler también vaticinaba cambios y catástrofes en su libro *La tercera ola*, publicado en 1976. Soy hijo intelectual y tecnológico de esta obra, de los Informe Nora y Mink, y del publicado por la Unesco en 1980 titulado *Voces múltiples*, Un solo mundo elaborado por una comisión presidida por el premio Nóbel de la paz Sean MacBride. En todos ellos se anticipaba el futuro, las consecuencias de la implantación de las tecnologías de la información y del predominio de las grandes empresas de telecomunicaciones y de medios de comunicación social. Si hoy los revisamos, tendremos que reconocer que acertaron en muchos asuntos, pero en otros han fracasado. El mundo y la vida no están predeterminadas y el azar siempre introduce variables imprevisibles. Pienso que lo mismo sucederá con las teorías, basadas en hechos y estadísticas sólidas, de Klaus Schwab.

Hace años trabajé como consultor en la organización de bibliotecas y centros de documentación

con vistas a la automatización de sus procesos y servicios. Entonces había tareas rutinarias y penosas, realizadas por distintas categorías profesionales, que trabajaban en estas instituciones, por ejemplo, la escritura de clisés, la impresión de fichas en multicopistas, su intercalación en los distintos ficheros, la gestión del préstamo de libros, etc. También entonces redactaba algoritmos, aunque no lo sabía, diagramas de flujos y detallaba ficheros, pues analizaba la forma de realizar los trabajos al tiempo que describía las futuras tareas introduciendo mejoras para agilizarlos y hacerlos más eficaces, teniendo en cuenta las funcionalidades del sistema informático. Luego, cuando trabajé en la Biblioteca Nacional de España y en las bibliotecas del Ministerio de Administraciones Públicas y del Tribunal Constitucional, me afanaba en redactar manuales de procedimientos (mi obsesión por la organización y la normalización), que, además, servían para independizar el puesto de trabajo de la persona que lo desempeñaba. Con esto quiero decir que contribuía a diseñar algoritmos que, una vez traducidos a un lenguaje de programación, facilitarían en un futuro su realización por máquinas con inteligencia artificial.



Es cierto que las bibliotecas actuales no son iguales a las existentes en las décadas de 1980 y 1990. Aún hay tareas que se ejecutan de manera parecida, pero se han producido muchos cambios. Dejando aparte la reducción de presupuestos y de recursos humanos, me refiero a la aparición de las publicaciones electrónicas y en línea, al aumento del porcentaje de objetos en acceso abierto, la ampliación de la cooperación interbibliotecaria, la estandarización, la mejor cualificación de los profesionales, la digitalización de documentos impresos, la creación de colecciones virtuales y de repositorios institucionales y temáticos ... Junto a ello han surgido grandes buscadores, como Google, con los que se comparan a las bibliotecas y cuya ¿eficacia? hace que se cuestionen su existencia.

*<<La informatización y digitalización están reduciendo la asistencia de los usuarios a las salas de lectura de las bibliotecas y potenciando lo que en su día se denominó la biblioteca sin paredes>>*

Aunque nadie puede tener una certeza absoluta de si las bibliotecas desaparecerán o no (recordemos que, al menos, existen desde el siglo VIII antes de Cristo), hay abundante bibliografía sobre los cambios que están acometiendo o tienen que emprender debido a los nuevos soportes, medios de difusión de la información, al impacto de la automatización y a la digitalización.

Las modificaciones dependerán del desarrollo de la sociedad a la que atienden y, dentro de comunidades iguales o similares, de las necesidades de los usuarios. Al parecer, habrá que reducir los metros cuadrados dedicados a depósitos, salvo en los centros patrimoniales, se simplificarán las descripciones de los objetos, pues la mayoría los podremos visualizar en las pantallas de nuestros dispositivos electrónicos, se prestarán nuevos servicios a la comunidad atendida, se facilitará el apoyo a trabajos e investigaciones cooperativas, Todas ellas son propuestas o realidades correctas, pero, en mi opinión, se pueden reducir a una idea matriz: las bibliotecas deben huir de las rutinas, lo previsible, lo automatizable y tienen que centrarse en aportar valor a su trabajo, a sus bases de datos bibliográficos y documentales. También han de seguir prestando cada vez más apoyo, formación y orientación a los usuarios y comunidades atendidas. En un contexto en el que van a aumentar las publicaciones en acceso abierto y en línea, en el que la suscripción a grandes bases de datos de colaboraciones en revistas y obras colectivas, así como la participación en redes bibliotecarias, van a permitir reducir la carga de los procesos técnicos. Éstos se centrarán en

relacionar los autores y las obras con otras fuentes de información, con distintas versiones del objeto o con otros recursos que estudien la obra, el autor o la época. Otro trabajo, aún pendiente por los conocimientos que requiere y por las dificultades lingüísticas, es el desarrollo de un tesoro que facilite la recuperación de la información postcoordinada de forma más precisa y pertinente mediante el uso implícito de operadores lógicos y sintácticos. Sólo así se conseguirá enlazar los conocimientos y contextualizar cada documento en la red de ciencia y cultura.

La informatización y digitalización están reduciendo la asistencia de los usuarios a las salas de lectura de las bibliotecas y potenciando lo que en su día se denominó la biblioteca sin paredes o virtual. El espacio ganado a los depósitos de impresos y a algunos servicios (lectura, el préstamo) se destinarán a potenciar todavía más las actividades culturales, que no han dejado de aumentar, en número y diversidad, desde los años 1960, cuando se surgen el concepto y la institución de las casas de la cultura. Como algunos teóricos prevén, también habrá que concebir las bibliotecas como puntos de encuentro de emprendedores y diseñadores de nuevas ideas y proyectos, facilitándoles, además del respaldo documental, un lugar en el que trabajar y algunos medios materiales para su realización. Así la biblioteca pasará de ser un depósito de conocimiento a una institución que lo fomentará y contribuirá, como lo ha hecho siempre, aunque los políticos y la sociedad no se percaten suficientemente de ello, al desarrollo de los individuos y, por lo tanto, de la comunidad.